

HACER HISTORIA DURANTE LA DICTADURA. INTERVENCIÓN MILITAR, COMISIÓN REORGANIZADORA Y REVISTAS ESTUDIANTILES EN SAN MARCOS

Making History during the dictatorship. Military intervention, reorganizing commission and student magazines in San Marcos

JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ TOLEDO
lrodriguez@pucp.edu.pe

JUAN LEANDRO TITO MELGAR
juan28tm@hotmail.com

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo entender cómo la intervención militar y el inicio de las funciones de la comisión reorganizadora cambiaron la situación política hasta entonces imperante en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; esto produjo efectos políticos y académicos inmediatos en muchos estudiantes como los de Historia, que durante este contexto pudieron dar a conocer los resultados de sus primeras investigaciones en revistas estudiantiles. Estas publicaciones son el producto de una época en la que se conjugaba el temor, el autoritarismo y el apoliticismo, por ello, estas revistas se dedicaron principalmente a una actividad intelectual y dejaron de lado los contenidos políticos.

Palabras clave: Historia; revistas estudiantiles; Universidad San Marcos; Fujimori, Alberto

ABSTRACT

This article aims to understand how the military intervention and the beginning of the functions of the reorganizing commission changed the political situation prevailing in San Marcos University; this produced immediate political and academic effects in many students such as those of History, who during this context were able to publicize the results of their first investigations in student magazines. These publications are the product of an era in which fear, authoritarianism and apoliticism were combined, therefore, these magazines were mainly dedicated to an intellectual activity and left aside political contents.

Keywords: History; student journals; San Marcos University; Fujimori, Alberto

*Compañeros de historia, tomando
en cuenta lo implacable que debe
ser la verdad
Quisiera preguntar. Me urge tanto
Qué debiera decir, Qué fronteras
debo respetar
Si alguien roba comida, Y después
da la vida, ¿Qué hacer?
¿Hasta dónde debemos practicar las
verdades?*

Silvio Rodríguez, 1975

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo recopila los esfuerzos de la comunidad sanmarquina para responder a escenarios difíciles para el desarrollo de la investigación. Una de las formas de hacer frente a esas adversidades fue la producción de revistas autogestionarias hechas por estudiantes sanmarquinos, en concreto los que decidieron estudiar la carrera de Historia. La elección no es arbitraria. Resulta importante destacar que en los últimos treinta años en la Escuela de Historia aparecieron una variedad de revistas y grupos estudiantiles que tuvieron como propósito difundir sus investigaciones. En total fueron catorce revistas que existieron entre 1992 y el 2015, y en cuyas páginas publicaron un contingente de estudiantes que deseaban dar a conocer sus primeras investigaciones¹. Es particularmente interesante que algunas de estas iniciativas estudiantiles hayan florecido en los años noventa y solo después de la intervención militar de 1991, coexistiendo con el gobierno de la Comisión Reorganizadora, y en general, sobreviviendo a la dictadura fujimorista. Por lo tanto, interesa para esta investigación, exponer el contexto de la aparición de estas primeras manifestaciones en dicha práctica historiográfica.

1 Este artículo resume la primera parte de una investigación amplia sobre la edición y producción de revistas estudiantiles de Historia durante los años noventa. La investigación se encuentra en prensa y se titula *Nosotros también podemos escribir, sabemos escribir y queremos que nos conozcan. Las revistas de estudiantes y egresados de Historia en San Marcos, 1992-2015*.

Durante las décadas del setenta y ochenta, la universidad pública estuvo condicionada por una serie de problemas económicos, políticos e ideológicos. En la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), las iniciativas académicas no pudieron desarrollarse debido a la falta de presupuesto, el radicalismo estudiantil y las arremetidas estatales, que vieron en el campus universitario un foco de senderismo. En ese sentido, la enseñanza e investigación en Historia estuvieron condicionadas por estas situaciones que problematizaron el desarrollo de una producción histórica sanmarquina. Durante los noventa, el gobierno de Alberto Fujimori intensificó el escenario, pues su política de pacificación de las universidades lo motivó a intervenirlas militarmente generando un ambiente de miedos y temores latentes entre profesores y estudiantes de Historia. Más adelante, la instauración de una comisión reorganizadora tuvo como fin adecuar la universidad a los cánones del régimen, amordazando a profesores, destituyendo autoridades y tratando de desarticular todo tipo de iniciativa y movimiento estudiantil.

En todo este contexto autoritario, los estudiantes de Historia trataron de solventar la precariedad institucional a través de un espíritu autogestor que los llevó a realizar conferencias, formar talleres de estudio y, sobre todo, editar revistas estudiantiles que como *Sequillo* y *Nueva Síntesis*, que se volvieron tribunas para que el joven historiador sanmarquino publicara los frutos de sus primeras investigaciones.

Sin embargo, a esta idílica visión en la cual un grupo de jóvenes estudiantes superan su hostil entorno a través de su espíritu autogestor deben plantearse las siguientes preguntas: ¿cuál fue la relación entre este contexto y las revistas estudiantiles? ¿cuál fue la posición de los estudiantes por su entorno? Ante ello, este artículo tiene como objetivo entender cómo el contexto autoritario condicionó y favoreció la aparición de revistas estudiantiles de Historia y una despolitizada visión de la historia.

LA DESMOTIVACIÓN Y EL DESALIENTO

La Universidad Nacional Mayor de San Marcos había logrado grandes avances en la institucionalización académica producto de las reformas universitarias de la primera mitad del siglo XX. Para la década de los sesenta, los departamentos académicos reemplazaron a los institutos y con ello se promovió la investigación como elemento básico de la formación universitaria, siendo este el caso del Departamento de Historia (Núñez, 2011, pp. 275-276). Las reformas del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas modificaron en parte esta situación, ya que mediante el Decreto Ley 17437 (1969) se cambió la estructura académica de la facultad de Letras. Así, los antiguos departamentos fueron sustituidos por los programas organizados en la Dirección de Programas Académicos de Ciencias Sociales, que tuvo la autorización de conceder los títulos de bachiller y

licenciado en diferentes especialidades, incluyendo el de Historia.

Esta reorganización tuvo efectos en el mediano plazo, pues si bien antes se consideraba que era una época ideal para investigar debido a los buenos recursos humanos presentes en la universidad, luego el ingreso de docentes de cuestionable calidad precarizó la enseñanza; al mismo tiempo que la creación de varias escuelas burocratizó institucionalmente la universidad. Esto estaba en sintonía con las demandas de educación de una población que veía en la universidad un medio de ascenso social. Evidencia de esto es el crecimiento de la cifra de postulantes de la época que, de 23, 000 en 1970 pasaron a ser 58, 000 en la década siguiente (CVR, 2003, p. 605). El resultado final fue el aumento exponencial de los alumnos matriculados que en 1960 eran poco más de 30, 000 y pasaron a ser más de 240, 000 en los años ochenta (Degregori 2018: 169). Esta situación desencajó las precarias estructuras institucionales de la universidad, que no podía solventar los servicios y la calidad académica a su creciente estudiantado.

Los cambios estructurales y el crecimiento demográfico universitario estuvieron acompañados por un paulatino proceso de radicalización estudiantil como demuestra el hecho que en los años setenta, Javier Vásquez, un joven estudiante de Sociología y a su vez dirigente estudiantil dijese esa famosa frase que identificaba a San Marcos como un templo de

Mao Tse Tung (Lynch, 2019, p. 70). En efecto, como han manifestado los estudios de Hinojosa (1999), muchos estudiantes, algunos de origen migrante, se sintieron atraídos por una política de origen rural que les permitía asumir una identidad grupal y que favorecía su integración a ambientes académicos y políticos que hasta entonces les era desconocido. A esto debe sumarse el hecho de que la universidad pública desde los setenta fue cada vez más abandonada por el Estado, motivo por el cual el movimiento estudiantil de la época se organizaba en torno a la solicitud de mejores rentas y el incremento del presupuesto destinado a la educación universitaria pública, que para los años ochenta se encontraba en un 2.1 por ciento del PBI, muy lejos del 6 por ciento que exigían los estudiantes (Huamaní, 2018, pp. 85; Degregori, 2018, p. 163)

Asimismo, en este escenario, la comunidad universitaria trataba de formar un estudiante ligado a su entorno social tal y como lo diría la revista *Universidad* (1969) que enfatizaba en lo necesario que era romper con la visión de una universidad tradicional dedicada solo a la docencia e investigación, y promover más bien una vinculada a la problemática social. Muchos estudiantes de la época respondieron ese llamado no solo participando en las reivindicaciones obreras y sindicales a través de grupos políticos, sino estudiando carreras de Ciencias Sociales, aquellas que en principio podían ayudarles a explicar su mundo social, pues consideraban que estas disciplinas podían

brindarles los instrumentos teóricos necesarios para desarrollar la práctica revolucionaria. Así, las mencionadas carreras tuvieron una alta demanda entre fines de los setenta y ochenta. Por ejemplo, si en 1975 había solo 49 matriculados en Historia, estos pasaron a ser de 863 en 1980 a casi 1, 500 en el lustro siguiente (Degregori, 2018, p. 171).

La masificación de la universidad, su abandono por parte del Estado y la radicalización paulatina de los estudiantes fueron procesos que estuvieron interrelacionados entre los sesenta y ochenta. En esta última década, la población universitaria de San Marcos pasó de los 25, 000 hasta los más de 45, 000 estudiantes matriculados. En 1983 se aprobó una nueva Ley universitaria (23733) que no resolvía los problemas institucionales y más bien otorgaba un conjunto de prerrogativas a los directores de departamento, concediendo mayor autonomía a los funcionarios universitarios, pero abandonando cada vez más la universidad en un contexto de popularización. Señal de esto fue la aplicación del Estatuto de la universidad (1984), impulsada por los estudiantes y que deseaban una aplicación heterodoxa de la ley (Medina, 2020, pp. 123-126). De acuerdo con el estatuto, San Marcos se hallaba consagrada como una universidad “popular y antiimperialista” y representaba la hegemonía del discurso de las fuerzas de izquierda, principalmente Patria Roja, en la dirección de la universidad y copó los cargos en la Asamblea Universitaria, Federación universitaria y centros federados.

Por supuesto, estos procesos no tuvieron los efectos esperados a nivel de gestión y más bien sí fueron señal del autismo al que el gobierno los indujo (Medina, 2020, p. 126).

A mediados de los ochenta, el país se encontraba en una crítica situación. En resumen, el conflicto armado interno parecía lejos de acabar, la hiperinflación había socavado las precarias economías familiares, la infraestructura estaba colapsada, la clase política estaba desprestigiada y deslegitimada, y la cada vez más recurrente presencia de las organizaciones subversivas en Lima hizo que la ciudad se convirtiese en un territorio de guerra donde era frecuente los ataques a bancos, instituciones y espacios públicos, derrumbes de torres de alta tensión, apagones, y en general, la presencia del ejército y sus tanquetas regulando el tránsito y practicando constantemente las detenciones y requisas (Degregori, 2012, pp. 28-31; Cosamalón, 2018, pp. 230-233).

A finales de esta década, los conflictos anteriores se trasladaron también al recinto universitario, que comenzó a tener una mayor presencia policial, pues el gobierno consideraba que San Marcos era un foco del senderismo. Por ello, en 1987 unos 4, 500 policías realizaron un operativo nocturno, y a través de una conferencia de prensa mostraron volante y bombas caseras, según ellos eran la prueba irrefutable de la presencia de Sendero en la universidad (*Quehacer* N° 45, 1987, 8). Al margen de estas escenificaciones institucionales, lo cierto es que

los estudiantes, dirigentes y trabajadores de la época no negaban la ineludible presencia de Sendero en las aulas. Por ejemplo, los miembros del Frente Estudiantil Revolucionario, Juventud Mariateguista y Alianza Estudiantil Revolucionaria afirmaban que los pizarrones y paredes pintarrajeadas; así como los volantes que circulaban y el temor latente entre la comunidad estudiantil eran parte de la cultura política del momento (*El zorro de abajo*, N° 7, 1987). También la prensa consideraba que Sendero tenía aterrorizada a San Marcos. En 1988 *Caretas* publicó un reportaje en el que se afirmaba tal premisa; sin embargo, se enfatizaba que era un pequeño grupo que pretendía difundir sus ideas, aunque solo generaban temor entre aquellos que no se atrevían a cuestionarlos abiertamente (*Caretas* 1988, N° 1006).

Los testimonios de los estudiantes de Historia de la época confirman estas nociones. Algunos afirmaban que las aulas estaban saturadas de pintas rojas y negras que daban vivas a la lucha armada y al presidente Gonzalo. En ese entonces, las clases eran interrumpidas por encapuchados que obligaban a los estudiantes a oír sus proclamas revolucionarias a punta de pistolas. Fue una época en la que era común sentarse a un lado de un simpatizante de Sendero Luminoso o “saco”, o de un infiltrado de la Policía (Moreno, 2010). La convulsión política estuvo acompañada por un paulatino proceso de precarización de las condiciones necesarias para el estudio y la investigación académica.

Según los testimonios de la época, la biblioteca que tenía la universidad era más bien pobre y la infraestructura deplorable, pues las pintas de Sendero Luminoso estaban presentes en techos, escalones, pisos, carpetas y baños. Asimismo, las huelgas de estudiantes y docentes eran recurrentes, los empleados apenas atendían las oficinas administrativas y la plana docente era variopinta, que combinaba buenos docentes con aquellos de cuestionable calidad (Arrelucea, 2015).

Los dirigentes estudiantiles de la época consideraban que el problema de la universidad pública no solo era la presencia de Sendero Luminoso en las aulas, sino el mermado presupuesto que el Estado otorgaba a San Marcos, pues los pocos recursos que poseía impedían el desarrollo de cualquier iniciativa estudiantil y degradaba la calidad académica. Por ello, y como mencionamos líneas arriba, desde los años ochenta se realizaban huelgas universitarias que exigían se destinase mayor presupuesto al sistema universitario, que para la época era escaso, evidenciando que, si bien el gobierno de Belaunde devolvió el cogobierno y la autonomía, también abandonó la universidad a su suerte, dejándola sin recursos (Huamaní, 2018, p. 85; Degregori, 2013, p. 157).

En 1988 el rector Jorge Campos Rey de Castro señalaba que, debido a los recortes, el presupuesto de San Marcos ese año era la mitad de lo que había tenido en 1979. Debido a ello, la

universidad no tuvo capacidad adquisitiva para comprar o reponer equipos, materiales, detener el deterioro de locales; así como también significó la merma en las remuneraciones de los docentes, que se vieron impulsados a migrar a otras instituciones (Medina, 2020, pp. 133-134).

Estas situaciones motivaron la deserción de muchos estudiantes, quienes huían del abandono estatal y las constantes huelgas. Un joven estudiante de Historia de la época relataba que muchos sufrieron problemas para terminar la carrera, y algunos como él la terminaron alargándola por diez años debido a la imposibilidad de estudiar de forma continua y la crisis económica (Adanaqué, 2015). De hecho, como refiere Medina, a fines de los ochenta, y debido a la situación convulsionada del país, la cantidad de alumnos matriculados en San Marcos se va reduciendo, y de los más de 45, 000 que se tenía en 1987 quedaron un poco más de 26, 000 al año siguiente, manteniéndose esta cifra durante la década de los noventa (2020, p. 123). También los testimonios de los jóvenes historiadores formados en la Universidad Nacional Federico Villarreal y Pontificia Universidad Católica del Perú demuestran que hubo mucha migración y deserción. Muchos ante esta situación de poco optimismo y perspectivas laborales precarias decidieron salir del país para seguir estudios de posgrado gracias a becas de universidades extranjeras o conseguir un puesto de trabajador como profesor asistente tales como Carlos Aguirre, Jorge Bracamonte,

Cecilia Méndez, José Luis Rénique, entre otros (Buntix, 1998, p. 159).

Con menos suerte, contactos y recursos los historiadores sanmarquinos debieron convivir y confrontar la situación de precariedad política y económica. Algunos tuvieron éxito, otros no. Al respecto, el caso del estudiante Carlos Ramírez refleja la complicada situación que los alumnos de San Marcos tenían que soportar, pues a la radicalización política y la crisis económica debían sumarse las preocupaciones personales y condiciones de vida. En 1988 tras años de mala alimentación, la anemia consumió a Ramírez, quien terminó desplomándose en la facultad de Letras, falleciendo y dejando inconclusa una investigación sobre la piratería de los siglos XVI y XVII (Flores-Galindo, 1988, p. 80).

En los noventa, la situación anterior cambió poco. De hecho, el clima de miedo, pánico y violencia en el que se vivía se intensificó en parte porque la Dirección Central de Sendero Luminoso decidió pasar de la “defensa estratégica” al “equilibrio estratégico”, lo que implicaba trasladar la lucha del campo a la ciudad. Por ello, las actividades de Sendero Luminoso en las universidades y barrios populares aumentaron, realizándose marchas, paros y atentados contra la población civil. Sucedió lo mismo en San Marcos, que fue vista como una cantera de combatientes, pues los miembros del Partido tenían como objetivo encontrar cuadros políticos y lo hicieron a través de

actividades culturales, relaciones amicales o sentimentales, fiestas y círculos de estudio aprovechando la presencia de cursos de marxismo en los planes de estudio de la época (Manrique, 2002, pp. 227-229; Asensios, 2016, pp. 69-77).

Asimismo, la prensa no dudaba en publicar reportajes, crónicas y noticias sobre el estado de zozobra en el que vivía la universidad, siendo frecuente observar banderolas senderistas colgadas en las facultades y escuchar explosiones. Todas estas situaciones desalentaron y desmotivaron muchos proyectos de vida que giraban en torno a la carrera de Historia, algunos la abandonaron, otros la cambiaron por una profesión más lucrativa y otros no podían profesionalizarse, pues era difícil investigar en este clima politizado. Llegaron los años noventa y con ellos un nuevo gobierno decidido a expulsar el radicalismo de las aulas.

LA INTERVENCIÓN MILITAR EN LA UNIVERSIDAD, 1991

Alberto Fujimori, quien tenía menos de un año como presidente, decidió visitar San Marcos, un acto político que originó una gresca entre militares y estudiantes, pues estos últimos recibieron con piedras y gritos hostiles al mandatario. De hecho, se detonó una bomba, acción supuestamente realizada por infiltrados senderistas. El ataque que recibió Fujimori fue condenado por la prensa y los políticos de la época, incluso los de oposición, tales como

Carlos Ferrero o Felipe Osterling (Partido Popular Cristiano)², quienes asumían que no se podía agredir de esa manera a quien personificaba a la nación (*La República*, 22 y 23 de mayo de 1991).

A raíz de este hecho, *El Comercio* publicó una editorial en la que se enfatizaba la necesidad de recuperar a las universidades, pues se entendía que la agresión hacia Fujimori era una prueba ineludible de la presencia de Sendero en San Marcos y que una intervención sería lo más oportuno. Por su parte, los dirigentes de la Federación Universitaria de San Marcos (FUSM) negaron que las acciones hayan sido realizadas por Sendero Luminoso. En cambio, dijeron que fueron el resultado de la indignación de los estudiantes ante la prepotencia de Fujimori quien pretendía ingresar al recinto sin coordinación alguna. Según Murakami, la visita de Fujimori debe entenderse como parte de su política antisubversiva. Por ello, junto al Ejército protagonizó varias visitas e intervenciones a barrios populares; mientras que universidades como La Cantuta y San Marcos tenían una presumible presencia senderista (2013, pp. 26-265).

La mañana del 24 de mayo de 1991, tomando como excusa el ataque al entonces

2 Carlos Ferrero postuló a la Cámara de Diputados en 1990 por la Unión Cívica Independiente, pero no fue elegido, luego del autogolpe de 1992 se pasó al oficialismo y fue elegido congresista por Cambio 90-Nueva Mayoría. Por su parte, Felipe Osterling fue elegido senador por el FREDEMO, que integraba el Partido Popular Cristiano (PPC).

presidente, se intervino San Marcos. Fue el Decreto Legislativo 726 el que autorizaba y normaba las intervenciones militares en las universidades en caso de presencia de grupos terroristas, tal como sucedió también con la Universidad Nacional de Educación, La Cantuta. (CVR, 2003, p. 97). Días después Fujimori volvió a visitar el recinto universitario y dirigió la realización de acciones simbólicas como el pintado de las instalaciones, en la que él mismo participó, siendo aplaudido por muchos estudiantes, incluso los de Ciencias Sociales. De hecho, como revelan las crónicas de la época, los estudiantes habían manifestado su aprobación a que el presidente entrase al campus, e incluso, dijeron que lo acompañarían. Otros no dudaron en aplaudir la represión policial que sufrieron sus compañeros, pues creían que estas medidas traerían el orden a su centro de estudios (*La República*, 22 de mayo de 1991; *El Comercio*, 26 de mayo de 1991).

En efecto, las opiniones de algunos estudiantes evidencian que muchos consideraban que era necesario recuperar el recinto universitario. Por ejemplo, alumnos de Medicina e Ingeniería Industrial como Johny Barreto, Carlos García y Manuel Caguachagua creían que San Marcos había perdido su imagen académica. Ante ello era necesario retomar los espacios universitarios y aducían que la presencia de las Fuerzas Armadas ofrecía garantías de seguridad (*El Comercio*, 23 de mayo de 1991). Pero, no todos opinaban lo mismo. Algunos dirigentes de

la Federación de Estudiantes del Perú (FEP) como Noé Jave Calderón consideraban que la intervención era nociva y que la recuperación de la universidad debía ser realizada por los propios estudiantes. Por supuesto, estas posiciones fueron ignoradas y en la época se consolidó la violación de la autonomía universitaria. Fujimori y la prensa del momento como *El Comercio* justificaron este acto aduciendo que en San Marcos ya no existía ningún tipo de autonomía o libertad de expresión, sino el pensamiento único y el desorden institucional (24 de mayo de 1991).

Si el gobierno central, los políticos, la prensa y cierto sector de los estudiantes vieron con buenos ojos la intervención militar, la ciudadanía tampoco la cuestionó. Como señala Huamaní, el autogolpe de Estado del 5 de abril de 1992, que contó con respaldo ciudadano, permitió que el régimen fujimorista interviniese las universidades sin recibir ningún tipo de cuestionamiento (2018, p. 99). En suma, muchos sectores no solo no hicieron nada ante la intervención militar. De hecho, lo celebraron, pues consideraban que la pacificación del país debía comenzar por los recintos universitarios. Fujimori representaba este sentir, pues a través de sus declaraciones anunciaba las medidas que tomaría para reordenar la vida universitaria. Por ejemplo, dijo que extirparía a los “grupos reducidos” que solo buscaban amedrentar a los estudiantes, regularía los años de estudio para evitar los “estudiantes vitalicios” y, asimismo, prometió que no habría ningún

tipo de violencia, requisitoria o detenciones masivas. Por supuesto, esto fue falso.

La intervención militar en San Marcos fue seguida por una serie de actos autoritarios y violentos. Por ejemplo, se clausuró el local de la FEP que se ubicaba en la facultad de Economía y muchos centros de estudiantes de Ciencias Sociales fueron desarticulados; aunque el de Arqueología fue uno de los pocos que sobrevivió. También se quemaron los libros sobre marxismo, las obras de Mariátegui y algunas tesis que pertenecían a la biblioteca de la facultad de Ciencias Sociales, sobre todo, aquellas que investigaban las guerrillas de los años sesenta, pues se consideraban que eran obras que hacían apología al “terrorismo” (Urbina, 2013, p. 204).

Asimismo, las bases militares establecidas frente al estadio, comedor o la huaca tenían como misión impedir no solo las marchas, sino también las reuniones. Inclusive, se conoce que hubo francotiradores que se colocaron en los techos de la facultad de Ciencias Sociales, Derecho, Letras, el comedor y residencia universitaria (Huamani, 2018, p. 100; Ascencios, 2016, pp. 69 y 76). Fueron comunes las detenciones masivas y continuas de estudiantes, las requisitorias, las listas de personas que luego desaparecían, la presencia de miembros encubiertos de la Policía como alumnos, los soplones e, incluso, se registra el asesinato de un estudiante de antropología dentro del campus. Las listas de detención fueron lo más

temido en la época, pues no solo estaban mal hechas, sino que se entendía que los detenidos no volvían a aparecer. Allí no solo figuraban estudiantes, también se encontraban algunos profesores como Alejandro Reyes, Carlos Lazo, entre otros; aunque solo llegaron a ser detenidos Zenón Vargas y Francisco Quiroz (Urbina, 2013, pp. 156-170).

La intervención produjo una “militarización de la universidad”, pues los soldados no solo se ubicaron en los extramuros del campus o en las calles aledañas, sino también se tomaron pasadizos, pabellones, áreas deportivas, bibliotecas y cafeterías. A su vez, muchos alumnos y docentes debieron sortear crudos interrogatorios para ingresar a la universidad y durante la noche, el desarrollo de las clases también se vio afectado, pues a cierta hora los soldados las interrumpían para ejecutar toques de queda internos por lo que las clases debían terminar antes de las horas programadas y nadie podía deambular por el campus. No obstante, tales medidas tuvieron respaldo. Fujimori alegó que el 99 por ciento del estudiantado condenaba la subversión y demandaba la presencia del ejército, pues garantizaba la tranquilidad y el libre desplazamiento (*La República* 25 de mayo de 1991).

Muchos estudiantes apoyaron la intervención porque vieron que el radicalismo político que durante décadas simbolizó a la universidad pública empezó a resquebrajarse con acciones autoritarias. Además, Fujimori luego de la

intervención prometió también una serie de medidas en busca del progreso institucional, pues aparte de la simbólica limpieza de los claustros, indicó que facilitaría dinero para la rehabilitación de la universidad. El tema presupuestario era de principal interés para los distintos estamentos. En la década del ochenta, los dirigentes estudiantiles coincidían en este punto, pues aducían que no se podían generar escenarios idóneos para la investigación, análisis y debate sin la implementación de adecuados gabinetes, laboratorios y bibliotecas.

Por su parte, los docentes y el personal administrativo constantemente demandaban un aumento salarial. Fujimori trató de corresponder a todas estas demandas. Primero, embelesó los ojos de la comunidad estudiantil a partir de la donación de libros y computadoras. Esto permitió frenar la crítica y organización política a través de un sistema clientelar que incluía la entrega de dádivas y prebendas (*La República*, 26 de mayo de 1991). Asimismo, el entonces presidente llegó a prometer el incremento de la escala remunerativa y al parecer sí cumplió con esta medida, pues la revista *Alma Mater* afirmaba que los sueldos de los profesores se elevaron significativamente en 1991, aunque luego se congelarían dramáticamente (*Alma Mater* N° 6, 1993). Además, el financiamiento a proyectos de investigación fue parte de estas medidas tomadas durante la intervención. Mediante este sistema, los docentes recibían alguna contribución económica sin tener la necesidad de presentar

investigaciones ni informes elaborados, pues los fines de los financiamientos eran políticos y no académicos. Por otra parte, esta situación también permitió que algunos estudiantes pudieran ocupar un puesto de trabajo en una época en la que el mercado laboral era muy precario.

Todas estas medidas, al parecer, sí produjeron los resultados esperados, pues en 1992 el entonces rector de San Marcos Wilson Reátegui presentó un balance optimista de la universidad, pues afirmaba que las huelgas estudiantiles y docentes habían cesado, que los semestres ya no se perderían y que las actividades académicas se realizaban con total normalidad (*Alma Mater* N° 2, 1992).

La intervención militar y las medidas tomadas por Fujimori para pacificar y neutralizar a la universidad tuvieron efectos reales en lo que resta de los años noventa. Por ejemplo, las posiciones políticas se alteraron. Si bien en los años sesenta las reivindicaciones del movimiento estudiantil estaban ligadas a la disposición de cátedras y docentes, el uso de salones y la actualización de bibliotecas, esto cambió en las décadas siguientes, pues todo se politizó y la lucha por la calidad académica dio paso a la lucha por el poder (Yarasca 2019: 40). Buena parte de la población estudiantil reaccionó ante este cambio con apatía y desinterés, siendo la base de la antipolítica que, como menciona Degregori, fue la consecuencia directa de la descomposición de la

clase política, el colapso de los partidos políticos tradicionales y la aparición de los *outsiders* (2012, p. 33).

Así, en los noventa apareció en San Marcos un estudiante antipolítico y más proclive a ingresar a un sistema clientelar, en el que estaban en juego el reparto de prebendas. Es decir, la politización partidaria dio paso al surgimiento de posiciones independientes. Por ello, Montoya menciona que en San Marcos apareció una “nueva mayoría” universitaria que poseía renovadas prácticas y expectativas políticas, que fueron canalizadas por listas independientes cada vez menos políticas y que tuvieron resultados favorables en las elecciones universitarias (1992, p. 38). Pero, si la intervención había conseguido la ocupación militar del espacio universitario y la desarticulación de los movimientos políticos, no se esperaba mucho para reformar la organicidad interna de la universidad.

LA COMISIÓN REORGANIZADORA, 1995

En efecto, la dictadura fujimorista no solo intervino militarmente el campus, sino también la estructura administrativa de la universidad. En mayo de 1995 se promulgó la Ley 26457 que promovió la formación de comisiones reorganizadoras en las universidades públicas, cuyo fin era desmovilizarlas y ajustarlas a la política educativa neoliberal diseñada por los Organismos Financieros

Internacionales (OFIS) (Lazo, 2020, p. 59). Con ese fin, se formó una comisión integrada por cinco miembros, entre quienes se encontraba un presidente que ejercería las funciones de rector. Entre las potestades de la comisión se encontraba incentivar el retiro voluntario del personal administrativo y docente; así como realizar evaluaciones a los trabajadores de la universidad para luego seleccionarlos. Esta medida no generó ninguna crítica, pues las comisiones interventoras se vieron inmersas en un segundo plano durante la campaña electoral de 1995, seguida por la aplastante victoria de Fujimori que solo confirmaba la popularidad del régimen.

Una revisión de la prensa de la época, incluyendo los principales diarios del país como *La República* o *El Comercio*, y revistas políticas críticas del momento como *Quehacer* o *Socialismo y Participación*, demuestra que el asunto de la reorganización administrativa por parte de comisiones interventoras no generó ningún tipo de cuestionamiento o comentario. Incluso, las revistas estudiantiles de la universidad tampoco cuestionan el hecho, y solamente sus efectos, sobre todo, el referido a la situación docente, fue comentado años después por los colectivos docentes que aparecieron a finales de la década. Así, si en 1991 la intervención militar fue obnubilada por el autogolpe, la conformación de una comisión reorganizadora apenas fue noticia en una coyuntura electoral. En todo caso, estas situaciones demuestran que la universidad estaba tan

alejada de los debates públicos, que su suerte importaba a pocos.

En San Marcos, la Comisión reorganizadora estuvo presidida por Manuel Paredes, quien tenía el objetivo de adecuar la universidad a lo dispuesto por el régimen, también solucionar el desorden administrativo y desaparecer las minorías políticas aun existentes. Sin embargo, esta situación polarizó los ánimos políticos y produjo más bien la organización de docentes y el resurgimiento de colectivos estudiantiles (Yalle, 2008, p. 91). Asimismo, Paredes alejó a Piscoya de la dirección de *Alma Mater* y se la entregó a Oswaldo Reynoso, quien se rodeó de Miguel Maticorena y Eduardo Núñez como miembros del comité editor. Estos eran dos historiadores mayores alejados de las dinámicas institucionales de la Escuela. Su presencia en la revista de la universidad tenía como objetivo, sobre todo, sostener la publicación con su prestigio personal.

En efecto, *Alma Mater* transmitió el discurso oficial de la universidad y afirmaba que el proceso de reorganización, aunque polémico era imprescindible para enfrentar el desorden administrativo y el facilismo académico (*Alma Mater* N° 11, 1996). Por supuesto, esta era la versión oficial de las autoridades, pues un grupo de docentes argumentaba que la Comisión reorganizadora era al resultado de una alianza entre el fujimorismo y un sector docente que no tenía otro fin que controlar ilegalmente las actividades de profesores,

estudiantes y trabajadores; sobre todo, de aquellos que decidieron resistir la intervención. Según la CVR, el control político de las universidades fue posible gracias a ciertos operadores políticos (docentes y autoridades) que previamente habían convivido con Sendero Luminoso y que no tuvieron ningún reparo en aliarse con el fujimorismo (CVR, 2003, pp. 635-636).

La Comisión reorganizadora hostilizó a muchos docentes, algunos de los cuales fueron expulsados o cesados como Rolando Pachas o Ananías Huamán, quienes sufrieron arbitrarios procesos de rectificación docente y que para regresar a la enseñanza tuvieron que realizar complejas gestiones (Urbina, 2013, pp. 151, 191). En la facultad de Ciencias Sociales, el decano Wilfredo Kapsoli, elegido en 1994, fue sustituido arbitrariamente por la Comisión reorganizadora, que nombró decano a Víctor Medina en 1995, impopular entre los estudiantes durante años. Esta autoridad inició una represiva gestión contra estudiantes organizados y docentes, y fue precisamente en esta facultad donde nació la posición más crítica hacia la intervención administrativa por parte de un grupo de docentes que a través de su revista *Universidad y Sociedad*, donde cuestionaban los escasos resultados de la Comisión reorganizadora y aducían que las evaluaciones y ratificaciones docentes eran dudosas, ya que parecían tener otro fin, y no precisamente el académico (1996, pp. 3-5).

Si los docentes experimentaron estas dinámicas represivas, los estudiantes tampoco tuvieron mucha mejor suerte. En la facultad de Ciencias Sociales se inició una campaña contra la organización estudiantil; desapareció el cogobierno, los comités asesores fueron disueltos, los locales de los centros de estudiantes fueron forzados, intervenidos, sus muebles y materiales fueron confinados en el túnel que unía a la facultad con el estadio, y, por último, clausurados. Incluso, según testimonios, el secretario general del Centro de Estudiantes de Arqueología (CEAR) fue amenazado con un arma de fuego por un agente de seguridad (Fuentes, 2004, p. 160). ¿Cómo estudiar así? ¿Qué posición tomar ante una gestión arbitrariamente autoritaria? Aunque parezca paradójico, los estudiantes de Historia produjeron, investigaron y publicaron como no pudieron hacerlo antes: se crearon coloquios, se publicaron revistas, se formaron talleres y círculos de estudios. Este sentir lo transmitirían más adelante los editores de una revista estudiantil publicada a fines de la década:

Es necesario expresar que la posibilidad de que esta publicación vea la luz se debe en gran parte a un hecho fundamental: en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos las cosas son muy distintas a las que ocurrían hasta hace unos años. Ahora vivimos un clima de reordenamiento que a muchos parecerá discutible, pero que es real (*Diálogos en Historia*, N° 1, 1999).

LAS REVISTAS ESTUDIANTILES DE HISTORIA EN SAN MARCOS DURANTE LOS AÑOS 90

Tanto la intervención militar como la instauración de una Comisión reorganizadora tuvieron como fin amordazar la comunidad universitaria, despolitizándola y volviéndola tributaria del régimen fujimorista. Ambos episodios marcaron el desarrollo de la vida académica y política de los estudiantes tuvieron efectos reales, pues condicionaron la forma en la que se investigaba, producía y publicaba. Esto fue particularmente influyente en la Escuela de Historia, pues en los años noventa aparecieron dos publicaciones estudiantiles que trataron de revertir la situación académicamente precaria en la que institucionalmente se encontraban, aunque pareciera que lo consiguieron gracias a las situaciones producidas por la dictadura.

En 1992 apareció *Sequillo*, un año después del ingreso de las tropas al campus. Los editores de la revista habían ingresado a la universidad durante la década del ochenta y convivieron con las situaciones descritas como el radicalismo universitario, las constantes huelgas y la presencia de planes de estudios ideologizados. Asimismo, como señala Lynch, en la época la influencia del maoísmo, es decir desde los años setenta, no generó un pensamiento crítico o científico; por el contrario, se erigieron principalmente dogmas. A su vez, los debates en torno a la Revolución cultural se trasladaron

a la universidad y se comenzó a despreciar el trabajo intelectual de todo aquello que se consideraba burgués como libros, investigaciones y teorías. Incluso algunos profesores e historiadores fueron vistos como “enemigos de clase” (Lynch, 2019, pp. 72-73). Esta situación impidió que los docentes generaran algún tipo de vínculo académico con estudiantes y se alentase poco las investigaciones. Por supuesto, este escenario se reprodujo en la Escuela de Historia. Carlos Carcelén indicaba que, a fines de los años ochenta, los grupos maoístas hicieron todo lo posible por hostigar a los mejores profesores del departamento como Hunefeldt, Deustua o Bonilla (Urbina, 2013, pp. 187-188), y como tampoco se promovió la investigación histórica, hubo una ausencia en las sustentaciones de tesis de grado.

Los editores de *Sequilao* no solo fueron testigos de estas situaciones, sino también experimentaron el déficit presupuestario de la universidad con una biblioteca desactualizada, lo que imposibilitaba que los estudiantes pudiesen conocer las novedades en investigación histórica. Por ejemplo, algunos libros publicados por Alberto Flores-Galindo en los años ochenta recién ingresaron a la biblioteca de Ciencias Sociales de San Marcos años después. Ese fue el caso de *Buscando un inca* (1987), registrada en el catálogo de la institución sanmarquina en 1993 o *La ciudad sumergida* (1991), recién adherida a la colección en

1996³. El poco presupuesto del que disponía San Marcos hacía imposible la promoción de la investigación histórica, y esto se evidencia en la escasez de investigaciones y publicaciones de la época.

A diferencia de otras Escuelas y facultades que publicaron desde los sesenta y setenta, aunque con irregularidad, revistas como *Arqueología y Sociedad*, *La Revista de Sociología* o *Letras* (esta aparecida a fines de los veinte), Historia no tenía una revista institucional, pues la aparecida en los sesenta, *Nueva Coronica*, tuvo pocos números y dejó de tener continuidad de forma muy temprana. En aquella época, y en una difícil coyuntura por la que atravesaba el país, la Escuela de Historia, donde se enseñaba e investigaban los problemas estructurales del Perú, debió tener algún medio en el cual docentes y estudiantes mostrasen los resultados de los estudios y análisis de la situación en la que vivían. Pero, eso no fue así.

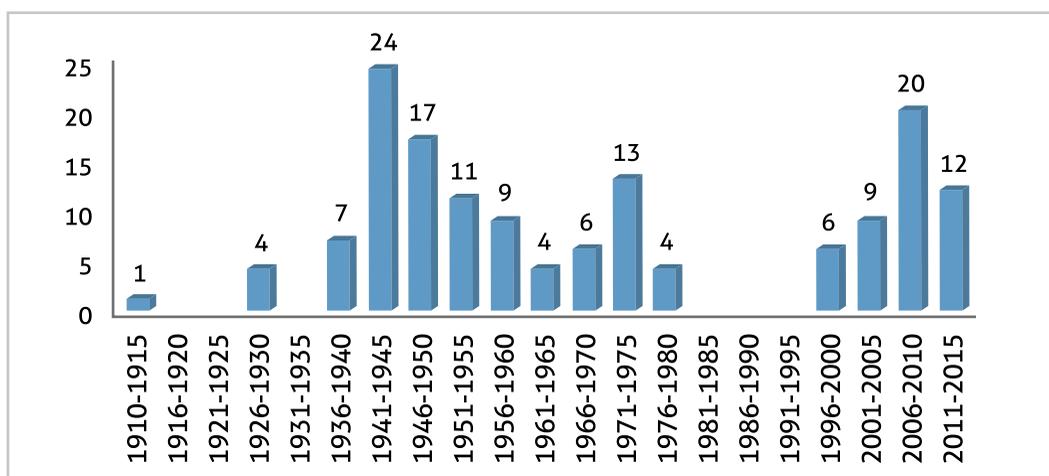
Por otro lado, los profesores con bajo sueldo tampoco tenían tiempo para investigar y algunos con el fin de aumentar sus ingresos debían alternar el dictado universitario con las clases en colegios. Asimismo, las tesis de pregrado fueron inexistentes. Cuando la Escuela de

3 La información sobre el contraste entre la publicación de las obras de Flores-Galindo, y su inclusión en la colección de la biblioteca de la Facultad de Ciencias Sociales de San Marcos fue proporcionada por la Unidad de Biblioteca de la referida institución para una investigación paralela a la presente. Agradecemos a Julio Díaz, director de la biblioteca, por su contribución.

Historia se trasladó al pabellón de la facultad de Ciencias Sociales en 1987 no hubo sustentación alguna hasta 1996. Es decir, en casi dos décadas no hubo algún estudiante que recibiera el título de licenciado en Historia a través de tesis. Esta fue una situación producida por las huelgas y deserción (Cuadro 1).

recibieron de buena manera la presencia militar porque se suponía que garantizaba el orden y las condiciones necesarias para el estudio, tal como afirmaba la revista estudiantil *Herejes y renegados*. Por supuesto, no hay que pensar que automáticamente la intervención motivó a que los estudiantes se dedicasen a la

Cuadro 1
TESIS DE BACHILLER O LICENCIATURA SUSTENTADAS EN HISTORIA, 1910-2015



Fuente: elaboración propia basada en la información recogida por Pérez Valdivia (2013) y Rodríguez Toledo (2014)

En este escenario apareció *Sequilao*, una revista que se convirtió en uno de los primeros espacios que permitía mostrar los incipientes avances de investigación de los estudiantes. Esto pudo deberse también a la intervención militar sobre la que hubo una ambigua posición estudiantil al respecto. Por un lado, muchos condenaban las prácticas autoritarias de la situación, pero al mismo tiempo otros

investigación, pues si bien durante los ochenta las condiciones académicas eran precarias, sí hubo estudiantes que por vocación o terquedad se dedicaron a labores académicas: visitando archivos, frecuentando bibliotecas, leyendo por su propia cuenta. Cabe destacar que hubo docentes como Manuel Burga, quien facilitó que sus alumnos recibieran clases de

Flores-Galindo y otros que difundieron libros permitiendo que sus estudiantes los fotocopiaran con sus propios recursos.

Lo cierto es que el aporte de *Sequilao* como trabajo pionero se sintetiza en abrir o renovar una cultura de revistas que aparecen en los siguientes años con diferentes motivos: para generar un propio espacio de producción de conocimiento, como una forma de posicionarse académicamente en un contexto que no generaba esas condiciones o, inclusive, como una propuesta académico-política que buscaba reivindicar frente a paradigmas historiográficos hegemónicos. El objetivo de publicar en estas revistas, entonces, pudo tener muchas más motivaciones que en las actuales revistas indexadas.

En aquella época parecía que cada estudiante se preocupaba por su propia formación, aunque el clima politizado e ideologizado hacía difíciles que iniciativas académicas prosperasen. Esto cambió con la intervención y el autodidactismo de los estudiantes preparó el terreno para la edición de revistas estudiantiles. Es por ello que *Sequilao* inicialmente era muy parecida a los *fanzines* de la época⁴. Además, no hay que olvidar que la edición de revistas era parte

de la cultura política de los jóvenes militantes de izquierda del momento y la mayoría de ellas eran elaboradas de forma artesanal y en mimeógrafo. No es difícil suponer que los estudiantes de Historia estuvieran relacionados con estas experiencias debido a que se difundían con habitualidad en la facultad de Letras.

Sequilao fue una revista artesanal, trabajada en mimeógrafo, independiente y que no contaba con respaldo institucional, y en sus primeros números trataron de mostrar cierta posición política como cuando se conoció la convocatoria al referéndum de 1993. Allí, la revista decidió publicar un texto de Sinesio López llamado “El Perú: Sí pero no” en el cual el autor comentaba que si el gobierno triunfaba el 31 de octubre (día el referéndum) se legitimaría el golpe de Estado; así como se justificarían la participación de las Fuerzas Armadas en el gobierno, la reelección presidencial inmediata y la consolidación del modelo neoliberal. Sin embargo, más allá de esto y quizás otra respuesta coyuntural, la revista se centró en el quehacer intelectual. Asimismo, los editores de *Sequilao* pronto abandonaron la naturaleza artesanal de su producto y decidieron mejorarlo y profesionalizarlo en un ambiente cada vez menos politizado y más orientado a las actividades académicas.

La revista evidenció estas contradicciones, pues fue el producto de una generación formada por experiencias contestatarias, pero tenían que convivir con la represión y vigilancia

4 Según Juárez Li, entre los ochenta y noventa aparecieron *fanzines*, publicaciones autogestionadas propias del escenario cultural y juvenil de la época. Eran de carácter artesanal, estaban alejadas del circuito comercial e institucional, mantenían una relativa autonomía de las producciones oficiales y seguían el *ethos* de “hazlo tú mismo” (2007, pp. 10-13).

policial. La intervención alejó el radicalismo político de las aulas y generó un ambiente de desconfianza alimentado por el espionaje, infiltraciones de las unidades de inteligencia, el control de las actividades docentes y la represión de cualquier iniciativa estudiantil que no sea puramente académica. El testimonio de José Carlos Agüero, estudiante de Historia revela entonces cómo los agentes de seguridad podían seguir y amenazar para que se tuviese cuidado “con lo que se hacía” (2015, pp. 27). Es decir, en una época en la cual la posición crítica y política era mal vista, la revista se convirtió solo en una tribuna intelectual.

De hecho, la aparición de *Sequillo* también puede explicarse como consecuencia del estado general de las investigaciones sociales del país, pues en los noventa aparecieron un variado número de revistas en Ciencias Sociales. En San Marcos, la investigación social tuvo un periodo de prosperidad en esta década, en parte porque en 1990 se creó el Fondo Especial de Desarrollo Universitario, una partida económica obtenida con la aplicación de un impuesto del uno por ciento sobre algunos servicios como electricidad, telefonía y seguros. El monto total de lo recaudado servía para que las universidades pagasen las remuneraciones, comprasen bienes y pudiesen financiar algunos proyectos de investigación científica y tecnológica. San Marcos para gestionar el dinero recibido creó la Oficina General de Investigación, que se encargó de coordinar su distribución con los demás institutos de investigación (Alma Mater, N° 1, 1992).

Carlos Garayar, entonces profesor de Literatura, sostenía que ese fondo fue tan importante que se convirtió en la única fuente de financiamiento de investigación universitaria de la época. En 1991 estos eran 871 y pasaron a ser 959 en 1992 y 946 en 1993. Así, las investigaciones de los docentes que cada vez más se financiaban, demandaban revistas institucionales donde se publicasen los resultados (Alma Mater, N° 1, 1992). En Ciencias Sociales se fundó *La Revista de Antropología* (1994), adquirieron mayor regularidad las revistas mencionadas anteriormente, *Arqueología y Sociedad* y *La Revista de Sociología*, y en 1995 se fundó *Ciencias Sociales*, publicación del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales. Asimismo, en 1992 apareció *Alma Mater*, que inicialmente publicaba lo más representativo de la producción sanmarquina, incluyendo las ciencias naturales y físicas, pero en 1999 se transformó en una publicación de humanidades como se desprende del estudio del contenido de sus números aparecidos en los noventa (Alma Mater N° 1-20, 1992-2001).

El objetivo de la revista era difundir los resultados de los trabajos de investigación de los profesores de la universidad, muchos de los cuales habían recibido financiamiento gracias al fondo de desarrollo. La revista se convirtió en un espacio que permitió la difusión de los trabajos de muchos docentes, que hasta entonces circulaban sus “apuntes de investigación” en mimeógrafos. Por ejemplo, en *Alma Mater* publicaron Miguel Maticorena, Nicolás Lynch, César

Germaná, Blas Gutiérrez, Waldemar Espinoza, Manuel Valladares, Ruth Shady, Carlos Lazo, Francisco Quiroz, entre otros.

En efecto, hasta los noventa muchos historiadores sanmarquinos tenían un dificultoso acceso al mercado editorial. Al parecer, la propia universidad no contaba con los recursos para publicar los trabajos de sus docentes, a menos que sea uno muy reconocido como fue el caso de Pablo Macera, ya que la facultad de Ciencias Sociales reimprimió una edición conmemorativa en 1988 de *Trabajos de Historia*. Fuera de esta singularidad, los profesores circulaban sus investigaciones o manuales a través de mimeógrafos como el que Carlos Lazo preparó para el curso de Introducción a la Historia en 1991. Otros historiadores con mayores contactos publicaban sus trabajos en periódicos y los repartían en fotocopias como lo hacía Miguel Maticorena. Por supuesto, esto no fue exclusivo de la carrera, pues los docentes de otras escuelas como Rodrigo Montoya también lo hacían. Así lo hizo para el curso de Cultura General con un mimeógrafo titulado *¿Cómo leer? Guía para preparar un resumen – Comentario crítico* (1989) y otro llamado *¿Cómo elaborar un proyecto de investigación?*

En ese sentido, revistas como *Alma Mater* brindaron un medio institucional para visibilizar los trabajos de la comunidad de historiadores sanmarquinos. Sin embargo, si la situación de los docentes era difícil, la suerte de los estudiantes y jóvenes egresados, más adelante docentes,

también fue similar. Por ello, estos últimos también encontraron tribuna en revistas donde pudieron darse a conocer académicamente. Este fue el caso de Luis Montoya, Cecilia Jaime, Luis Arana, Gabriel García Higuera, Virgilio Freddy Cabanillas, Marcos Garfías, entre otros que publicaron en *Alma Mater*.

Así, la aparición de revistas en un medio académico tan precario como la facultad de Ciencias Sociales de los ochenta e inicios de los noventa ayudó a dinamizar la producción y difusión del conocimiento. No en vano el decano de la facultad en 1995 decía que eran los historiadores quienes escribían con mayor entusiasmo en el primer número de la revista *Ciencias Sociales*. Los jóvenes profesionales de Historia tenían la misma preocupación que muchos docentes, es decir, dar a conocer los resultados de sus primeras investigaciones, por lo que *Sequilao* (1992) y *Nueva Síntesis* (1994) cumplieron con ese objetivo y sus respectivos editores no dudaban en afirmar que sus revistas aparecieron en una época en la que esos espacios no existían.

La reorganización administrativa también cambió la situación de la Escuela de Historia y ayudó a dinamizar la producción académica. El régimen fujimorista para afianzarse aún más en la universidad demandaba depurar todo rastro de pensamiento crítico, por ello las diversas reformas curriculares terminaron por suprimir los cursos de afinidad marxista. Como dicen Germaná y Loyza, este tipo de cursos

fueron demandados en una época en la que las transformaciones sociales del país necesitaban ser explicadas con teorías científicas orgánicas y totalizadoras (1996, pp. 30-31). Por supuesto, esto demandaba docentes especialistas en estos temas, muchos de los cuales no lo eran; sin embargo, algunos trataron de dotar de rigurosidad los contenidos de sus clases incluyendo las interpretaciones de Gramsci, Althusser, Lukács. Aunque esto sucedía en los cursos avanzados y no en los introductorios, los mismos que estaban atiborrados de un “marxismo de manual” donde se leían los textos producidos por la Academia de Ciencias de la URSS como los de Konstantinov, Afanasiev, Spiridínova y Politzer (Degregori, 2013, pp. 175-179). Esto convirtió a los estudiantes de Ciencias Sociales en consumidores de un pensamiento que ofrecía todas las explicaciones y verdades válidas en un sistema cerrado y supuestamente científico, que, no obstante, obnubilaba la investigación y el análisis concreto.

El paulatino desarraigo de los cursos marxistas de los planes de la Escuela de Historia puede identificarse a través de los cambios curriculares de los años noventa. Para las mallas curriculares de 1975, 1980 y 1985 pueden encontrarse como cursos obligatorios los de Dialéctica de la naturaleza y Materialismo histórico. Al mismo tiempo, no hubo cursos de tesis, solo existían Prácticas profesionales en los últimos ciclos y un Seminario de investigación histórica en el último ciclo, pero como electivo. En 1987 se pasó de los ciclos semestrales a los

anuales, se incluyó un curso de Introducción al marxismo en segundo año y el Seminario de tesis se hizo obligatorio. Todo esto cambió con el régimen político vigente y la intervención administrativa, pues en los planes curriculares de 1995 y 1999 aún se mantuvieron los ciclos anuales, pero se suprimieron los cursos de marxismo; asimismo, los Seminarios de investigación histórica se hicieron obligatorios.

Estos cambios curriculares modificaron el objeto que se enseñaba a los jóvenes historiadores, ya que si en los ochenta las herramientas asociadas al quehacer histórico e investigación no eran prioridad. Esto será diferente en la década siguiente, evidenciando antes que una preocupación por la formación de historiadores, la necesidad que se tenía para que se dejase de lado todo conocimiento asociado a la realidad contemporánea y actividad política. En concreto, se deseaba que los jóvenes historiadores se dedicasen a investigar temas históricos alejados del presente. Esto trajo consecuencias porque la producción histórica, sobre todo, la realizada en San Marcos, se alejó de las discusiones sociales y los debates interdisciplinarios acerca de los movimientos populares, clases sociales o la estructura del Estado.

Con seguridad, la situación era complicada para incluir dentro de los planes de investigación temas asociados al pasado reciente, sobre todo, en época de dictadura. Sin embargo, no es que no se estudiase el Fujimorato o el conflicto armado interno, sino que el asunto

era que prácticamente el siglo XX y sus problemas fueros dejados de lado. Situación que según Rojas (2014) tendrían su explicación en el desconcierto que provocó Fujimori para la academia; así como la separación de esta de la política. Ello provocaría, según el autor citado, que los historiadores se alejasen de los debates más amplios de las ciencias sociales, y que se enclaustraran temporalmente, convirtiendo al pasado en un periodo “autorreferencial”.

En efecto, mientras otras disciplinas como la Economía, Ciencia Política, Antropología o Sociología tanto en San Marcos como en otras universidades aún seguían discutiendo temas como el mercado informal, corrupción, desigualdad o pobreza, con nuevos y renovados enfoques, algunos bastante alejados del marxismo. Mientras tanto, la Historia evitó discutir estos problemas. No era necesario que los tocasen directamente como un problema del siglo XX, ya que como demostraron las investigaciones de Flores-Galindo y otros, los estudios históricos podían discutir temas estructurales en diversas dimensiones temporales. No fue así en San Marcos. La historia quedó en el pasado, y antes que discutir temas nacionales y vincularlos a la investigación, se prefirió la publicación del documento inédito o la transcripción. Esta nueva tendencia puede apreciarse en el contenido de las revistas estudiantiles, ya que se omitieron los problemas contemporáneos. En cambio, se prefirió el estudio de la historia en sí misma. Fue una época proclive para los estudios etnohistóricos y coloniales.

Fue en esta época (1994) que apareció *Nueva Síntesis*. Sus editores ingresaron a la universidad a fines de los ochenta y experimentaron tanto la época radical como la intervención militar y administrativa. En efecto, la edición de la revista coincidió con la reelección de Fujimori y el inicio de las funciones de la Comisión reorganizadora. En este clima de represión política, la revista se caracterizó por ser una publicación cuyo contenido era exclusivamente académico e historiográfico. De hecho, Carlos Carcelén (2015), fundador de la revista, aduciría que su objetivo era publicar artículos, pues no existían los medios para hacerlo. Asimismo, el principal problema que reconocía en su época no eran las dinámicas políticas e institucionales, sino la falta de un mercado lector de publicaciones históricas.

Así, en el primer número de *Nueva Síntesis* ni siquiera se publicó una editorial donde se plantearan las intenciones de la revista. Pareciese que la idea era solo publicar artículos. Recién se incluyó una presentación en su tercer número de 1995 en el cual aducían que la función social de la historia era comprender el presente y conocer los antecedentes de los problemas actuales más acuciantes (*Nueva Síntesis* N° 3, 1995). Sin embargo, al mismo tiempo que los editores de la revista escribían estas líneas, omitían cualquier comentario sobre la situación nacional y universitaria. En efecto, no se mencionó nada sobre la intervención, las comisiones reorganizadoras, la reelección de Fujimori o el régimen político.

En suma, esta revista es la evidencia de cierta tendencia predominante en la Escuela de Historia que alejó lo político de sus expresiones materiales e investigaciones y se prefirió el estudio histórico en sí mismo. Como resalta Carcelén (2015), cuando el muro de Berlín cayó, muchos comenzaron a investigar temas novedosos, “fuera de ideologías y dogmas”. Entonces, solo interesaban líneas de investigación por el solo hecho de ser innovadoras y se creía que las investigaciones vinculadas a las problemáticas nacionales eran demasiado políticas, ideológicas y tratadas siempre desde el marxismo, por lo que se las dejó de lado.

Por supuesto, la situación no fue exclusiva de la Escuela de Historia, en Arqueología sucedió lo mismo. La revista del Centro de Estudiantes de Arqueología (CEAR) apareció en 1985 y en esa época se consideraba que la investigación y la disciplina debían estar engarzadas con la lucha y necesidades del pueblo; sin embargo, los números cuatro y cinco (1994 y 1995) publicados durante las funciones de la Comisión reorganizadora omitieron los comentarios relativos a la producción académica como parte de las problemáticas sociales y políticas. De hecho, la revista no volvería a publicarse hasta el 2004. En parte porque la gestión del rector Paredes reprimió todo tipo de organización estudiantil. Era una época en la que se propugnaba e impulsaba, sobre todo, la imagen del universitario dedicado únicamente al estudio. Así, no es casualidad que uno de los fundadores de

Nueva Síntesis, revista distintiva de esta época, fuese al mismo tiempo el autor de la primera tesis de grado en Historia en más de una década. Por supuesto, nos referimos a *Las doctrinas de Chaclla: Huarochiri, siglos XVI y XVII* de Carlos Carcelén.

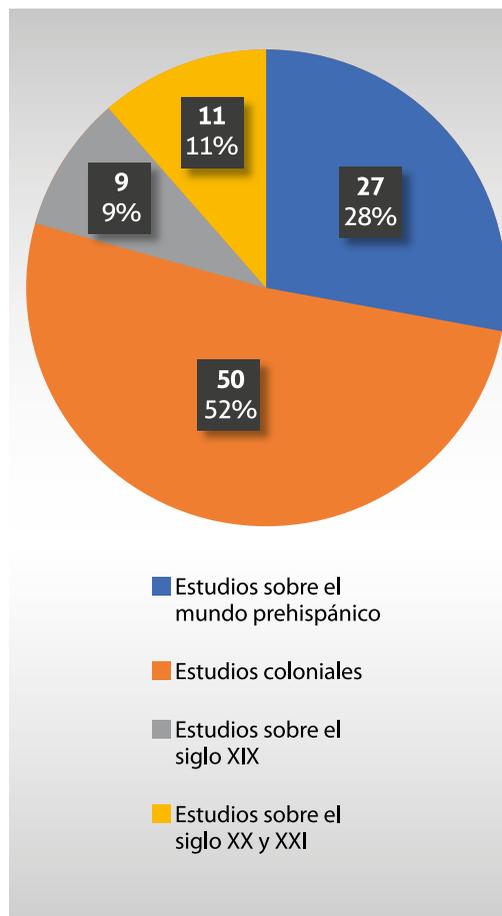
El objetivo de ambas publicaciones era dar a conocer los resultados de las primeras investigaciones de los jóvenes historiadores y ser una tribuna para que se mostrase lo que San Marcos producía. Estos fines respondían a una situación de precariedad y debilidad institucional, pues existía un gran contraste entre lo que la carrera presentaba como el quehacer del historiador y lo que la universidad ofrecía o podía ofrecer. Para los jóvenes historiadores era una necesidad insertarse en un círculo académico, que cada vez se hacía más selecto y excluyente, e igualmente les era importante obtener visibilidad dentro de la comunidad desde la autoexigencia (Meza, 2018, p. 76). Ante estos propósitos, es comprensible que muchas publicaciones hayan evitado la posición política y crítica, y se mantuvieran en el plano intelectual, indicando que deseaban ante todo incrementar el conocimiento histórico. Por supuesto, no solo con los objetivos se puede evidenciar el carácter principalmente intelectual de las revistas y su alejamiento de posiciones políticas, sino también con sus contenidos.

En la década del noventa, la época de *Sequilao* y *Nueva Síntesis*, existió un predominio de los estudios coloniales. Una explicación reside en

la afinidad temática de los editores/fundadores, sumada a la influencia de ciertos sectores docentes de la época que lograban trasladar sus intereses temáticos a sus estudiantes. Además, es muy cierto que la mayor parte de los docentes investigadores de la época estaban interesados en el periodo colonial como Manuel Burga, Miguel Maticorena, Carlos Lazo, Alejandro Reyes, Luis Cajavilca, Francisco Quiroz o Luis Chapman⁵. Este último, incluso, llevaba a sus alumnos a los archivos para que se familiarizaran con los documentos, principalmente de origen colonial. De tal forma que, en una época de huelgas e intervención militar, muchos estudiantes pasaron jornadas en los archivos coloniales de donde salieron sus primeras investigaciones. El mismo Melecio Tineo, trabajador del Archivo Arzobispal de Lima, también recuerda que durante los ochenta y noventa acudían al archivo con acucioso interés Carlos Carcelén, Luis Arana, Maribel Arrelucea, José Chaupis, Miguel León, y Raúl Adanaqué. Este también recordaría que asistían Carlota Casalino, Juvenal Luque y Leonor López (Tineo Morón, 2019; Adanaqué, 2016).

5 Es conocido que los intereses temáticos de Miguel Maticorena se encontraban en los estudios coloniales, por ejemplo, los cronistas, incluso, muchos estudiantes suyos recuerdan que animaba a investigar a Garcilaso de la Vega. Manuel Burga publicó en 1988 *El Nacimiento de una utopía*, Carlos Lazo hizo lo propio con varios estudios sobre la hacienda colonial y la moneda, mientras Francisco Quiroz destacó en esta época por profundizar en sus investigaciones sobre gremios coloniales. Una revisión de los artículos de aquellos y otros docentes en las revistas estudiantiles confirma sus intereses por los estudios coloniales.

Gráfico 1
TENDENCIAS TEMÁTICAS EN LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS ENTRE 1992-1998



Fuente: elaboración propia⁶

6 Para este recuento, se utilizaron las revistas *Sequillo* (números del 1 al 10) y *Nueva Síntesis* (números del 1 al 5) que tuvieron un total de 145 apartados de los cuales 97 corresponden a artículos de investigación o ensayos.

Este interés por lo colonial puede evidenciarse también en el contenido de lo que se publicaba. Del total de artículos publicados entre 1992 y 1998 (97 artículos), el 52 por ciento (50 artículos) correspondía a temas coloniales y era seguido en interés por los estudios sobre el mundo prehispánico con un 28 por ciento (27 artículos), aunque este porcentaje correspondía, sobre todo, a las contribuciones de la arqueología que en ese momento las revistas estudiantiles de Historia acostumbraban a publicar. Por otro lado, los trabajos relativos a los siglos XIX y XX poseían un escaso interés de 9 y 11 por ciento del total de artículos de revistas (9 y 11 artículos, respectivamente). La mayor parte de los trabajos publicados en las revistas asociadas a la historia republicana provenía de especialistas ya consolidados. Hubo en cambio pocos jóvenes que intentaron entender el Perú de esta época y aquellos que sí publicaron sobre este periodo provenían de la Sociología como Luis Montoya, Tomás Gutiérrez y Carlos Mejía.

Los temas publicados en las revistas estudiantiles y los enfoques de interpretación son importantes porque transmiten la visión de historia que se tenía en la época, una visión en la que la historia estaba despolitizada. Los jóvenes estudiantes de la carrera, no obstante conocer el autoritarismo y corrupción del gobierno, y vivir directamente sus efectos represores en la universidad, omitieron todo tipo de denuncia en sus revistas. Por supuesto,

no solo el contenido manifiestamente político desapareció, sino la forma en la que se entendía la profesión. Si en los años ochenta, el historiador Alberto Flores-Galindo había propuesto pensar el país creativamente y tomar en cuenta las implicaciones morales y políticas de nuestra época para concebir nuestra producción, estas improntas no tuvieron asidero en las generaciones posteriores, por lo menos en los estudiantes de Historia de San Marcos. En su época, pocos parecían indignarse, a pesar de la alta tasa de campesinos muertos y desaparecidos, situaciones no muy distintas sucedían en los noventa. Parecía que debía pagarse un precio político para ser aceptado en la academia: deslindar explícitamente del senderismo, no estudiar marxismo y no hablar de explotación, miseria o clases sociales; no obstante, los altos índices de pobreza y criminalidad.

Un aforismo muy conocido insistía en que se debía estudiar Historia sin olvidar el presente. Sin embargo, la producción histórica sanmarquina publicada en las revistas estudiantiles de su época, estaba algo desconectada de su presente, pues la dictadura, la violación de derechos humanos y la impunidad no produjeron una respuesta en la producción historiográfica. En cambio, se prefirió publicar sobre Garcilaso de la Vega, crónicas y cronistas. No faltaron aquellos que publicaban documentos inéditos del siglo XVI, los catálogos y varios homenajes. Por supuesto, el hecho que en esta época se haya preferido los estudios

coloniales (véase el gráfico 1) y se hayan dejado de lado las investigaciones sobre el siglo XX no quiere decir que estos últimos son más críticos y ligados a los problemas contemporáneos que los primeros.

Sin embargo, en la San Marcos de los noventa parecía que muchos profesores colonialistas trabajaban el periodo como un tiempo desligado de los fenómenos sociales de nuestros días. Si antes se podía estudiar la historia colonial para problematizar sobre el racismo, la fragmentación de las clases sociales o la violencia, en San Marcos parecía que se prefería la transcripción, la publicación de documentos y un culto por ir al archivo casi desde el primer año de estudio, sin previamente discutir algún problema histórico. De hecho, como dijimos anteriormente, parece que muchos fueron al archivo para alejarse de los problemas contemporáneos.

CONCLUSIONES

Este artículo ha tratado de describir la situación de los jóvenes estudiantes de Historia durante los años ochenta y noventa, una época de convulsión política en la que era difícil la investigación, el estudio y las actividades académicas. Hemos propuesto que este contexto sufrió un radical cambio durante el gobierno de Fujimori: la universidad fue vulnerada militarmente y luego administrativamente. Estas acciones claramente autoritarias permitieron paradójicamente que las iniciativas

académicas de los estudiantes de Historia pudieran germinar, pues a pesar que las intervenciones trajeron un clima de intranquilidad y la universidad se despolitizó. Fue durante los noventa que la producción historiográfica en San Marcos se recuperó con la publicación de revistas tanto institucionales como estudiantiles, con la edición de libros y sustentaciones de tesis que adquirieron mayor regularidad solo en esta época. Por supuesto, este contexto condicionó los contenidos de esas revistas estudiantiles, pues por un lado orientó —quizás no directamente— sus intereses temáticos a la historia colonial, dejando de lado el turbulento siglo XX que aún se vivía, y por otro lado, se despolitizaron totalmente las publicaciones, pues salvo raras ocasiones, las revistas estudiantiles omitieron todo tipo de comentario político, en una época donde más que nunca era necesaria una opinión política.

Por supuesto, no se puede hacer juicios desde la comodidad del presente. Como hemos visto, la situación era difícil en San Marcos por la represión, el espionaje y el control era cultura corriente y convivían con el quehacer académico. Los contextos descritos en este artículo sirven para comprender por qué las revistas de los noventa omitieron y se alejaron del comentario político y las investigaciones históricas ligadas a problemas contemporáneos. Obviamente, hay una diferencia entre las posiciones políticas de los editores que no conocemos y la de sus soportes materiales

(revistas). Los jóvenes historiadores pudieron criticar la situación nacional y universitaria. Quizás, incluso participar en alguna actividad o manifestación política y podía parecerles aborrecible el autogolpe, los resultados del referéndum y los actos más cuestionables del régimen fujimorista, pero estas posiciones no fueron transmitidas en sus revistas.

FUENTES PRIMARIAS

Entrevistas: Raúl Adanaqué (2014); Carlos Carcelén (2015), Melecio Tineo Morón (2019).

REVISTAS Y PERIÓDICOS

Alma Mater 1-20 (1992-2001)

Caretas N° 1006 (1988)

El Comercio (22, 23, 24 y 26 de mayo de 1991)

El zorro de abajo N° 7 (1987)

La República (22, 25 y 26 de mayo de 1991)

Nueva Síntesis, revista de humanidades, 1-8 (1994-2001)

Quehacer N° 45 (1987) y N° 80 (1992)

Revista del Centro de Estudiantes de Arqueología 1-6 (1985-2004)

Sequilao. Historia, arte y sociedad, 1-15 (1992-2005)

Universidad, Gaceta Sanmarquina, órgano de la Dirección de Proyección Social, N° 1 (1969)

Universidad y Sociedad, revista editada por profesores de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 6 (1996)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adanaqué, R.

2016. “¿Qué importancia tienen los cursos de investigación en la malla curricular?” en *El Boletín de Historia*, Año 1, N° 3.

Agüero, J.

2015. *Los Rendidos. Sobre el don de perdonar*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Arrelucea Barrantes, M.

2015. “Aristocracia y plebe 30 años después” en *Síntesis Social*, N° 6-7.

2015. “San Marcos fuiste tú” en *Homenaje a Miguel Maticorena, suplemento de Annalicemos Historia* (Manuscrito inédito).

Asencios, D.

2016. *La ciudad acorralada. Jóvenes y Sendero Luminoso en Lima de los 80 y 90*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Buntix, G.

1998. “¿Por qué no vivo en el Perú? Una generación después. Notas al sesgo de una encuesta” en *Márgenes*, N° 16.

Comisión de la Verdad y Reconciliación

2003. *Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. T. III. Lima: CVR.

Cosamalon, J.

2018. *El apocalipsis a la vuelta de la esquina. Lima, la crisis y sus supervivientes (1980-2000)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Degregori, C.

2012. *La década de la antipolítica. Auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

2018. “La revolución de los manuales. La expansión del marxismo-leninismo en las ciencias sociales y la génesis de Sendero Luminoso” en *Qué difícil es ser Dios. El Partido Comunista del Perú - Sendero*

Luminoso y el conflicto armado interno en el Perú: 1980-1990. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Flores-Galindo, A.

1988. "La imagen y el espejo: la historiografía peruana (1910-1986)" en *Márgenes*, N° 4.

Fuentes Sadowski, J.

2004. "Apuntes para una historia del CEAR" en *Revista de Investigaciones del CEAR*, N° 6.

Germaná, C. y Loayza, S.

1996. "La enseñanza de las Ciencias Sociales a nivel introductorio en la Universidad de San Marcos" en *Universidad y Sociedad*, n° 6.

Hinojosa, I.

1999. "Sobre parientes pobres y nuevos ricos: las relaciones entre Sendero Luminoso y la izquierda radical peruana" en Steve Stein (ed.) *Los senderos insólitos del Perú. Guerra y Sociedad, 1980-1995*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos/ Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga.

Huamaní Huamaní, E.

2018. *El proceso universitario y el movimiento estudiantil peruano, siglo XX*. Lima: San Marcos.

Juárez Li, J.

2007. "Politizando la música: una aproximación a los anarcopunks" en *La Colmena*, N° 1, 2007, pp. 10-13.

Lazo Cañete, K.

2020. *Dictadura y universidad: el gobierno autoritario y privatista de la Comisión Reorganizadora de San Marcos (1995-2000)* [tesis de licenciatura]. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Lynch, N.

2019. *Los jóvenes rojos de San Marcos. El radicalismo universitario de los años setenta*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

López, S.

1993. "El Perú: Sí pero no" en *Sequialoa*, N° 4-5.

Manrique, N.

2002. *El tiempo del miedo. La violencia política en el Perú, 1980-1996*. Lima: Congreso del Perú.

Medina Montes, J.

2020. *Inquietudes en la plaza. Trayectorias de vida y cultura política radical en la izquierda estudiantil de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1977-1989* [tesis de maestría]. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Meza Bazán, M.

2018. "La vida como pasión y frustración: los estudiantes y la formación del historiador en la Universidad San Marcos" en *Apostilla*, N° 3, pp. 65-87.

Montoya Canchis, L

1992. "Las otras elecciones. San Marcos: nueva mayoría" en *Quehacer*, N° 80.

Moreno Matos, J.

2010. "¿Vuelve Sendero a San Marcos...?" en *El reportero de la historia*, consultado el 20 de febrero de 2020.

Murakami, Y.

2013. *Perú en la era del Chino. La política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Núñez Huallpayunca, E.

2011. "La formación académico-profesional del estudiante de Historia en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM en los años sesenta" en *Síntesis Social*, N° 3.

Pérez Valdivia, J.

2013. "Tesis de Historia presentadas en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1910-2010)" en *Nueva Coronica*, N° 1.

Rodríguez Toledo, L.

2014. "Producción historiográfica y tesis de Historia en San Marcos, 1999-2014" en blog *Utopia235*.

Rojas, R.

2014. "A favor de la rehistorización de las Ciencias Sociales" en *Argumentos*, N° 5.

Urbina Domínguez, V.

2013. "Miedos y temores. Intervención militar en San Marcos" en Emilio Rosario (comp.) *Historia(s) y Ciencias Sociales (XVI-XXI)*. Lima: Seminario de Historia Rural Andina.

Yalle Quincho, O.

2008. *La cultura política en el discurso de los dirigentes universitarios de la Izquierda Sanmarquina: 1995-2000* [tesis de licenciatura]. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Yarasca Tataje, R.

2019. *Movimiento estudiantil peruano en el Perú de los 60. Testimonio de lucha de sus protagonistas*. Lima: Páginas.